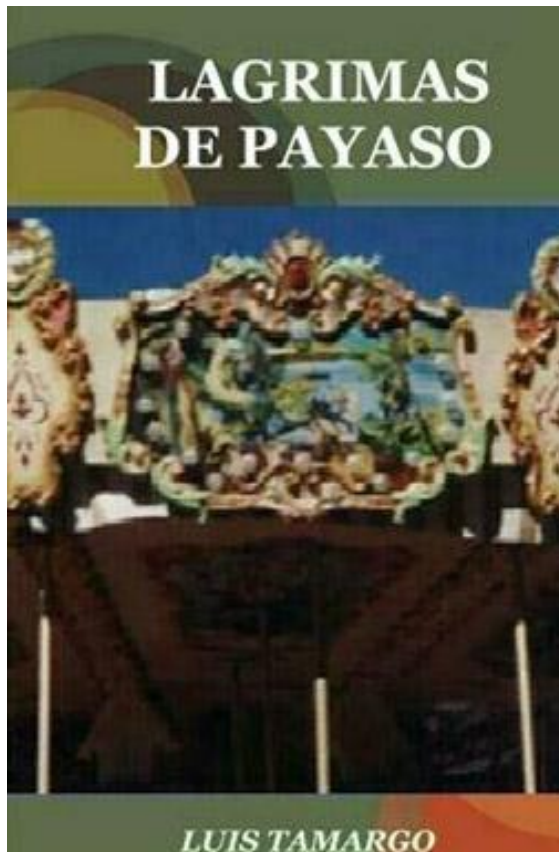


# NOVELA

---

## LÁGRIMAS DE PAYASO



LUIS TAMARGO

© Luis Tamargo Alonso.

[lectamargo@gmail.com](mailto:lectamargo@gmail.com)

*Santander, 2012.*

Depósito legal.

*A ti,  
en tu viaje de vuelta.*



# Capítulo I

## *LAS LÁGRIMAS DEL PAYASO*

Recordaba como si fuera hoy el día en que aquel joven muchacho se acercó hasta su carromato para pedirle trabajo. En ese momento el capataz leía las últimas noticias sobre el atraco perpetrado al Banco Espírito Santo de Lisboa por el desaparecido payaso del circo. La tarde anterior había estado respondiendo ante los agentes de la policía lusa, como propietario y responsable del personal de la empresa, sobre los posibles antecedentes del recién detenido; y ahora, sin apartar la vista del periódico, con las piernas extendidas sobre la silla de enfrente, escuchaba al muchacho que proseguía con su presentación...

-Me he enterado de que necesitan payasos y...

-....¡Pero tú eres de aquí, hijo! –le interrumpió el patrón-. Eres portugués, no tendrás problemas en encontrar otro trabajo en la ciudad.

El muchacho volvió al principio de su discurso, argüía los inconvenientes de los jóvenes de su tiempo y que, contrario a lo que pudiera parecer, las oportunidades laborales escaseaban en Portugal durante los últimos años, ante la avalancha generalizada de inmigrantes y la crisis económica generalizada en el país. Era entre los nativos donde la competencia se tornaba cruel, sin escrúpulos por avasallar al compañero con tal de permanecer u ocupar su puesto. Además, los trabajos que los inmigrantes aceptaban eran los que nadie quería y desechaban, tal vez equivocados por la mala costumbre de menospreciar labores útiles, pero de fatua apariencia. Cada vez más eran los compatriotas que cruzaban la frontera y marchaban a la cercana España, o incluso a Europa, a la búsqueda de una salida profesional que permitiera, cuando menos, subsistir. El joven se defendía echando mano de los argumentos que estimaba más convincentes; siempre le había atraído el mundo de la farándula, desde crío ya contaba historias a sus amigos, logrando erigirse

en centro de atención y, tal vez ahora, que los problemas de su empleo le acuciaban. era el momento ideal para dar el salto a otro campo nuevo, más artístico, la oportunidad de convertir un sueño en realidad.

-Bueno, ¿qué sabes hacer?

-Cuento chistes, historias, también canto algo... Y puedo aprender algunos juegos de prestidigitación...

El capataz dobló el periódico al tiempo que se incorporaba...

-Ven mañana a las diez, haremos una prueba...

El chico lo agradeció con un gesto espontáneo, incapaz de disimular su alegría.

-...¿Puedo echar un vistazo? –preguntó al capataz, señalando el grupo de carromatos que descansaban diseminados alrededor de la carpa.

-Está bien, ve familiarizándote –replicó el capataz-, pero no te acerques demasiado a las jaulas...

Al día siguiente el joven llegó antes de la hora convenida, tuvo tiempo de asistir al ensayo de la domadora, una musculosa pelirroja que chasqueaba la voz con idéntico tono que el látigo. Cuando no acallaba así el rugido de aquel grupo de cinco tigres lo lograba con algún juramento inapropiado. El patrón se retrasaba a la cita y el trapeceista se bamboleaba de un lado a otro del techo de lona, sin hacer nada de especial. Ya cerca del mediodía, apareció el capataz, a grandes zancadas, con la casaca roja a medio abrochar.

-...Disculpa el imprevisto, chico, la policía otra vez requería de mis declaraciones. Vamos allá... -señaló el lateral de la pista que había quedado libre al recoger la verja protectora de las fieras-. No me dijiste cómo te llamas...

-Sí, Elmer.

-Te escucho entonces, Elmer...

Un fuerte olor a excremento de animal impregnaba el circo, pero Elmer tomó aire e hizo acopio de fuerzas al salir al centro de la pista. Sentado en la primera hilera de asientos el capataz observaba atento la improvisada función del aspirante a payaso así como la evolución de sus movimientos, tímidos, pero válidos con una serie de aleccionadores consejos de profesional. Al poco se sentó a su lado el veterano trapeceista con quien no tardó en intercambiar opiniones. La primera de las historias que el chico contó brilló por su monotonía, pero los dos chistes siguientes resultaban ocurrentes, graciosos, con posibilidades si se cambiaba alguna orientación; por su parte, los trucos de magia eran simples, dirigidos a un público infantil, demasiado tal vez, aunque

combinables a la perfección con alguna otra escenificación que elegir para la situación.

Capataz y trapecista cruzaron sus miradas...

-La verdad es que no hay mucho donde elegir... -sentenció el patrón.

-Tiene buenos brazos. Haría mejor papel arriba en el trapecio, hace tiempo que necesito a alguien más para un número espectacular... - apostó el trapecista

-...Lo primero es lo primero, Stéfanos, por partes...

Ambos hombres se aproximaron hasta la pista. El rostro expectante del muchacho reflejaba la tensa ansiedad del veredicto definitivo...

-Nada que no se pueda mejorar con la práctica. A partir de ahora trabaja con el señor Stéfanos las dudas y los cambios que insertar al número... Esta tarde la primera función es a las seis, ¿te atreves entonces?

-¡Claro, por supuesto que sí! ¡Gracias, señor, muchas gracias!

-...¡Ah, se me olvidaba! Tu carromato está en la segunda hilera, saliendo a la derecha, necesitará un arreglo, claro...

Fue una función de tantas, pero para Elmer aquella tarde fue la de su triunfo particular. El éxito consistía en haber llegado a trabajar allí, ahora por fin era payaso de circo. Durante la primera semana trabajó duro, aquella mezcla entre inexperiencia e ilusión dejaba notar sus primeros frutos; con la ayuda del señor Stéfanos mejoró ciertos vicios, aprendió trucos que proporcionaban agilidad a las letras o comicidad a los gestos y caídas. Elmer estaba encantado y dejaba transmitir su entusiasmo en la colaboración con el resto de colegas circenses, echando una mano donde las tareas así lo requerían. Tuvo que poner en orden su carromato, sobre todo, colocar sus modestas pertenencias y desalojar los restos del anterior propietario. La señora Matilda, la domadora, le enseñó cómo ventilarlo y algunas normas higiénicas imprescindibles que cumplir a diario para mantener aquello lo más parecido a un lugar habitable o a un hogar, a ser posible. La domadora era una mujer fuerte, aunque el tiempo ya dejaba huellas que la rudeza de su trabajo contribuía a acumular. Su pelo rubio, desteñido de tantos colorantes, se ocultaba bajo un chillón color pelirrojo, con brillos anaranjados. Elmer trató de corresponder y le ayudó a dar de comer a los animales, pero Tilda, la experta domadora, sólo le dejó que llevara los contenedores de comida hasta las jaulas, no quería arriesgarse a tener problemas, los tigres eran asunto sólo de ella, según trató de explicarle.

-¡Estos calderos pesan una tonelada por lo menos! -resopló Elmer tras el esfuerzo.

-Cada tigre ha de comer de veinte a treinta kilos de carne cada día – replicó Tilda-, eso también forma parte del trabajo, chico...

-Pero esta es una labor muy... -Elmer buscó la palabra-, muy dura para una mujer.

La domadora agradeció el cumplido, pero le confesó que la vida no había sido fácil con ella desde que el padre de Chris, su hija, les abandonó. La chiquilla entonces estaba a punto de nacer y vino al mundo con algún problema congénito; el domador ruso, su padre, desapareció un día sin más. Elmer ya se había fijado en el rostro arrubiado de la muchacha que asomaba tras el ventanal trasero del carromato...

-¿Qué tiene...?

-Nadie lo sabe, chico...

-¿Nunca la llevaron a un médico?

-Al principio, de cría. Pero, muchacho, ¿tú crees que podemos permitirnos guardar un tratamiento de esos tan caro? Si ella no se arregla no hay nada que hacer...

Elmer se quedó pensativo, pero volvió a la carga movido por la curiosidad:

-¿Nunca sale?

-Le molesta la luz... -Tilda cambió rápida de conversación- ¡Anda a echarle una mano a Stéfanos, estuvo preguntando por ti!

El carromato de Elmer estaba justo detrás. Mientras descendía los peldaños distinguió a la chica que le observaba tras el cristal. Elmer se colocó la nariz postiza de payaso y le dirigió una repentina mueca, entre pícaro y graciosa. Aunque la chica no rió ni se ocultó, a Elmer le bastó con el leve temblor que notó en sus labios...

-...Al menos no está todo perdido. –se dijo.

Atardecía cuando Elmer distinguió luz tras la cortina del carromato del trapecista. Le resultó chocante cuando Stéfanos abrió la puerta en albornoz, acostumbrado a verle de continuo en camiseta de tirantes, con la piel desnuda de sus bíceps siempre al descubierto. Era un hombre maduro, pero los músculos del cuerpo delataban un trabajo previo realizado a conciencia.

-¡Ah,sí! Pregunté por ti, verás... –el trapecista reaccionó enseguida- ¿Tú conoces Estoril, verdad? Necesito que hagas un recado...

-Pues usted dirá.

-Has de ir al ayuntamiento de la ciudad. Necesitamos renovar el permiso para que el circo permanezca otro mes más aquí, en territorio portugués, solamente tienes que entregar la documentación y traer el comprobante sellado... ¿Sabrás?



-Si es eso, pues claro.

Elmer siguió al señor Stéfanos que descendió del carromato y, en zapatillas, se dirigió al carromato del capataz, contiguo al de él; llamó con los nudillos a la puerta, pero nadie contestó. Entonces se agachó y del borde interior del tercer escalón extrajo una pequeña llave con la que abrió el carromato. Elmer esperó afuera, mientras observaba, aunque le escuchaba rebuscar entre los enseres del minúsculo despacho.

-Aquí lo tienes, chico –Stéfanos le tendió el sobre con los documentos-. Mañana en la mañana sería un momento oportuno, no olvides que te sellen el comprobante, ¿entendiste?

-Bien, entendido. –Elmer se retiró a dormir, mientras el trapecista depositaba la llave en el mismo lugar donde la recogió- ¡Hasta mañana, señor Stéfanos!

-Hasta mañana, chico...

El trapecista contempló la silueta de Elmer desaparecer entre las sombras de los carromatos mientras la noche se cernía sobre la carpa, ahora silenciosa. Aquel muchacho había conseguido traerle el recuerdo de los comienzos, cuando la aventura del circo hervía en la sangre; su aparición le había hecho recuperar una antigua llamada después de tantos años, incluso ahora que ya las fuerzas mermaban y que la necesidad del jornal ocultaba la ilusión que una vez brilló. También lo había notado entre los espectadores; su actuación dejaba que desear en cuanto al clásico humor de los payasos, pero había que innovar y ajustarse a las circunstancias; cuando el chico contaba sus historias algunas personas, sobre todo los adultos, dejaban caer una lágrima que enseguida escondían con el pañuelo o la palma de la mano; luego, recomponían el rostro cuando los niños reían las gracias tópicas del payaso. Pero era con los juegos de prestidigitación donde Elmer conseguía durante unos instantes aunar a su público ante el misterio y la confusión; no eran trucos sorprendentes ni llamativos sino desconcertantes. Nunca lograba hacer regresar lo que hacía desaparecer; o simulaba que se equivocaba y volvía a empezar con otro juego distinto, que también acababa de forma improvisada, sin final. Fue a sugerencia de Stéfanos que el payaso Elmer llevase una lágrima azul pintada en el pómulo precisamente tras observar esta característica peculiar; era también un modo de disfrazar los defectos o de asimilar las ventajas de la propia habilidad. Al patrón le pareció también una buena idea, en su presentación anunciaba la entrada en escena del payaso con el mismo rimbombante título que figuraba en los carteles y la publicidad del circo: ¡Elmer, el payaso triste! ¡Entren al Gran Circo Orbitas! ¡El único circo del mundo con un payaso que hace llorar!

Hasta la misma Chris acusó la magia de esa extraña sensación que embargaba los ánimos de la gente cada vez que el foco central iluminaba la pista y la orquesta, entre redobles de tambor, anunciaba el comienzo del espectáculo. Su madre se había fijado que la chica estaba pendiente de los movimientos del muchacho, de sus idas y venidas; incluso se animaba a salir hasta el porche cuando Elmer se acercaba para ayudar a su madre en alguna de las faenas. Tampoco le pasó desapercibida la expresión del rostro de su hija, ahora no tan apagada y desinteresada, sino curiosa, abierta a la novedad. La domadora quiso probar suerte, le propuso al chico que le contara alguna de aquellas historias que utilizaba en su número y, después de algunos intentos, comprobó con sorpresa que el milagro se obraba despacio, pero efectivo. Algunas tardes les dejaba a solas para no interferir en el avance y contribuir así a que su hija rompiera aquella tremenda cerrazón que hasta entonces le esclavizaba. Ahora Chris no se limitaba a las respuestas escuetas con que solía contestar a su madre, hablaba, mostraba interés, otra disposición de ánimo que a Tilda le hacía albergar esperanzas. La domadora no se pudo creer que su hija le estuviese pidiendo aquello, asistir a la función principal, la del sábado por la tarde; y accedió, asombrada, ninguna de las dos iba a perderse la actuación de aquel chico.

Aquel sábado el aforo estaba completo, el reclamo había surtido efecto y el patrón no cabía en sí de satisfacción al traducirlo en beneficios para el circo; se le notaba en la voz, ampulosa y henchida, cuando se dispuso a presentar la entrada de Elmer, el Payaso Triste...

...¡Llegó el momento de la risa! Con ustedes... ¡Elmer! ¡El Payaso que llora y hace llorar!

El público, expectante, rompió en aplausos y los estridentes chillidos de los niños caldearon el ambiente bajo la carpa. Los focos se concentraron en el centro de la pista y el tono de los gritos se intensificó cuando distinguieron la figura del payaso que surgía, cabizbajo, lento, de la penumbra del circo... Un silencio contenido acompañó sus primeros pasos; luego, risas fáciles de niños, sin más. Algunos cayeron en la cuenta de que aquel payaso no era Elmer, pero sólo unos pocos reconocieron en él al veterano trapeceista disfrazado de payaso que le suplantaba.

A Tilda le cambió el gesto también cuando vio desaparecer el brillo de los ojos de Chris, sustituido ahora por una incontenible crisis de histeria. A duras penas les ayudaron para regresar al carromato, mientras su hija lloraba, entregada a un llanto que dificultaba entender sus palabras entrecortadas...

-Mamá, tenemos que hablar, mamá... -sollozaba Chris, desconsolada.

El capataz, serio, trató de mantener la compostura con un gesto distante, deseoso de que con aquel número acabara la función y poder así aclarar el confuso cariz de lo acontecido. Fue una actuación técnica, correcta, de manual de circo, aunque sin alma, pero suficiente para salvar el cartel de aquella tarde. Al finalizar, fue el propio Stéfanos quien se acercó al patrón para darle cuenta de los hechos.

-Lo siento, patrón. El muchacho desapareció, había que seguir con el espectáculo, no quedó otro remedio...

El capataz iba a increparle con un bombardeo de preguntas que se agolpaban sin orden, sin saber por dónde empezar, pero el trapecista no le dejó proseguir:

-Pero no es eso todo, patrón -Stéfanos jadeaba ahora-. Elmer se ha llevado toda la recaudación, encontré su carromato abierto y el estante donde usted guarda la caja fuerte estaba vacío, todo revuelto...

-¿Pero cómo ha podido...?

-La culpa es mía, me debió ver que escondía ahí la llave, patrón... ¡Dios! Lo siento.

La domadora se unió a los hombres con gesto agresivo, chasqueaba la lengua como si buscara a una fiera perdida.

-...Ese maldito hijo de... -Tilda se llevó las manos a la cabeza- ¿Dónde se ha metido ese canalla...? ¡Chris! ¡Ha dejado embarazada a Chris el muy...!

-¡Basta! -el capataz zanjó el alboroto con un grito- Mañana a primera hora habrá reunión general, ahora necesito paz para valorar lo sucedido y su alcance. Por favor, calmaos, sé que es difícil, pero será mejor para todos. Descansad ahora, ¡hasta mañana!

El patrón comprobó que su carromato seguía entreabierto, la llave tampoco estaba en su lugar. Adentro reinaba un caos monumental, pero aún así se sentó en su sillón tras apartar de encima la mesita de noche y un cuadro desvencijado. Todo lo que antes descansó sobre las estanterías estaba ahora desperdigado por el suelo; un hueco vacío resaltaba en el estante donde antes reposó la caja fuerte. Ni rastro del cofre en que guardaba la recaudación, los jornales de cada trabajador del circo, se lo había llevado todo. El capataz suspiró hondo, casi sin resuello... Con el cofre también se llevó la foto, la única foto que guardaba de su boda con Matilda, antes de que se marchara con aquel ruso domador de tigres, antes de que naciera la pequeña Chris... Al capataz se le agolpaban los recuerdos en la mente como si alguien hubiese destapado la caja de los truenos que él custodió hasta ahora como su tesoro prohibido. Se mesó

los cabellos para calmarse, aquello no cambiaba nada, tan sólo se trataba de un contratiempo, un maldito contratiempo, sí... Igual que cuando tuvo que hacer desaparecer al amante ruso aquel. Tampoco fue fácil descuartizarlo ni alimentar a los tigres con sus restos, mientras su esposa sufría la vuelta de tuerca de su rechazo, ese fue el castigo que ella se buscó, ese fue el precio. No fue fácil soportar la traición, ni a la hija de otro, ni admitirla trabajando en su circo, no... Y ahora tampoco resultaba fácil aceptar el robo y el engaño, pero sólo era un contratiempo más, uno de tantos. Mañana el circo seguiría adelante, ávido de risas y gentes, de aplausos y trucos para sobrevivir, esa era su vida... El circo tenía que continuar.

A la semana siguiente un joven se acercó hasta su carromato. El patrón, sentado, con las piernas descansando en otra silla, le escuchó sin dejar de leer...

-¿Es por el anuncio? Pero usted no es de aquí, joven, bien puede encontrar otro trabajo más apropiado...

El chico de tez aceituna ensalzó el modo de vida del circo, su dimensión próxima al arte. Llevaba dos años allí con su familia y los trabajos destinados a los emigrantes eran los deshechos que nadie deseaba...

El capataz ya no atendía cuando murmuró en voz baja:

-...Todos son iguales...

-¿Cómo dice...?

-Está bien, haremos una prueba –el capataz se incorporó de un salto al tiempo que lanzaba el periódico contra el asiento-. Empiece por dar de comer a los animales...

# Capítulo II

## *SALTO CON PIRUETA*

El trapecista observó a los dos hombres que parecían mantener una conversación acalorada a unos metros de su carromato. Apoyó sus musculosos antebrazos en el marco del reducido ventano y, sobre ellos, descansó el borde redondeado de su barba recortada, en un intento por ayudar a que algunas palabras se dejaran guiar hasta sus oídos.

Era la quinta vez en dos semanas que el capataz tenía que hacer frente a las preguntas de la policía y la séptima en el plazo de un mes; demasiado para la cantidad ingente de ocupaciones y preocupaciones a las que debía de atender por orden preferente. Aquel agente larguirucho parecía haberle tomado gusto a la carpa y, sin prisa ninguna, intercalaba una pregunta tras otra de acuerdo a un ritual premeditado que imprimía un interés creciente a la pausa que las precedía.

-...¿Acaso cree que esto sea una escuela de bandidos? -el capataz denotaba ya signos de ir perdiendo la sumisa paciencia con que hasta ahora había respondido.

-No me negará que son muchas coincidencias: un atraco al Banco Espirito Santo en Lisboa y un robo en el circo en Estoril. Y ambas a cargo de un payaso, no es cosa de risa...

El capataz resopló con impotencia ante el tono empleado por el policía, conocía de sobra la incrédula fe de alguien ajeno al espectáculo para comprender lo serio de hacer reír a un público.

El policía continuó, sin abandonar el tono irónico iniciado:

-Aunque es lógico entender que usted no va a robarse a sí mismo. Por cierto, ¿ya encontró sustituto para un puesto tan escurridizo...?

-Sí, parece un buen muchacho, igual que los otros, oiga. No soy adivino ni creo que usted tampoco pueda saber hoy lo que ocurrirá mañana o el mes que viene. Esta empresa necesita trabajadores y no conozco ningún circo sin payaso...

Los dos hombres conversaban de pie frente al carromato del capataz. Algunos enseres dañados o inservibles descansaban junto a la escalerilla, a la espera de ser definitivamente echados al contenedor de la basura. Ahora el capataz gesticulaba con exagerados aspavientos quizás para dar

mayor énfasis a sus palabras y así poner punto final a aquel tedioso interrogatorio, que empezaba ya a adquirir visos de viciada rutina.

Stéfanos les observaba con aire de preocupación asomado al ventano de su carromato. En esos momentos el nuevo chico, principiante de payaso, cruzaba en dirección a la jaula de los animales; empujaba el carrito que Tilda utilizaba para cargar el lecho de paja que cada noche extendía en el suelo de la jaula, pero olvidó el lugar donde la domadora le había indicado que lo dejara. Stéfanos pareció adivinar el ademán dubitativo que invadió al muchacho al pasar junto al capataz y el policía y, atento, desvió su intención con un silbido corto y discreto.

-...¡Elm...! -el trapecista rectificó con rapidez- ¡Chico, déjalo aquí, lo necesitaré más tarde!

El muchacho sonrió con gesto agradecido. Stéfanos no pudo evitar el recuerdo del aspirante a payaso que le precedió e, incluso, del otro anterior... ¡Maldita la gracia!, pensó. No a todos les daban una oportunidad así, en la que ganarse el sustento y, además, aprender un buen oficio, un oficio con arte. Para el trapecista, payaso no lo podía ser cualquiera, pero en tiempos de penuria, trabajar era un regalo que nadie podía permitirse desperdiciar. Llegar hasta allí a él ya le había costado un triunfo; ahora formaba parte de la familia del circo, pero el precio había consistido en un constante trabajo y un denodado sacrificio. Resultaba imposible de otro modo: había que dar la vida para hacer vida de aquello.

El policía, por fin, pareció caer en la cuenta que la luz de la tarde decrecía y, tras echar una rápida ojeada a su reloj, consideró oportuno finalizar la tarea de acometer las evasivas del capataz. Se despidió con un amenazador "ya continuaremos" y desapareció tras los postes de los focos que iluminaban la entrada al recinto del circo. El capataz apresuró a retirarse a su carromato, aliviado de repente, pero no reparó en la figura del trapecista que, aún seguía asomado enfrente, ahora con el gesto encarado al cielo, ensimismado. La noche estrellada y serena invitaba a la calma de los recuerdos...

# Capítulo III

## *EN GUERRA*

Stéfanos tendría idéntica edad a la del payaso que se había fugado, la misma aproximadamente que la del último payaso que se acababa de incorporar. A esos años un joven puede cometer las locuras más disparatadas con la mayor de las facilidades, sin pensar en el peligro. Él tuvo suerte de que la vida le permitiera comprender las consecuencias más tarde, pero entonces se arriesgó. Arriesgarse consistía en eso, uno no había hecho más que dar el primer paso y ya le acompañaba la suerte de andar vivo.

La guerra civil le atrapó en medio de una atmósfera que asfixiaba ambiciones y deseos; y también el hambre. Hambre de conocimientos, de ideas y razones que ayudaran a vivir. Su futuro le estaba esperando, eso, un muchacho de diecinueve años lo sabía de manera innata, aunque desconocía el nombre artístico que le tenía destinado; todavía se llamaba Esteban.

Ahora, por ejemplo, podía afirmar que todas las guerras eran una estupidez, sin duda lo era cualquier guerra. Pero mientras silbaban a su alrededor los obuses, con su siembra de muerte y destrucción, la palabra desgracia adquiría un sentimiento muy real; al igual que las otras palabras. Madre, sangre, pan, vida, no eran sólo palabras, podían sentirse tan verdaderas que, si faltaban, nadie podría imaginar nunca de lo que sería capaz de hacer para resucitarlas...

La guerra vino a complicarlo todo, a truncar su asistencia al colegio, a postergar las ganas de saber, a la cartilla de racionamiento, a recogerse con el toque de queda y a vivir corriendo por las esquinas, con el miedo parapetado en las espaldas. El miedo tenía nombre propio: se llamaba “Alfonso Pérez” y era un barco prisión que estaba anclado en mitad de la bahía santanderina. En el silencio de las tardes podían escucharse las ráfagas de los disparos, cuando en cubierta fusilaban a algunos de los presos que allí tenían encerrados las tropas republicanas. Con el grupo de amigos con los que había jugado desde pequeño en el barrio, con los mismos que se lanzaba al agua, en el puerto, a recoger las monedas que les tiraban, Esteban contemplaba la silueta de la fantasmagórica

embarcación, en un intento por adivinar el horizonte de muerte del que hablaban en voz baja los mayores; todavía le resultaban incomprensibles algunas ideas, inimaginables, mientras repetía en un susurro el fatídico nombre de “Alpepri”, a modo de sortilegio. También había escuchado que, desde el faro de Cabo Mayor, arrojaban a los prisioneros de guerra por los acantilados; si no morían al chocar contra las rocas del fondo marino, donde las olas acudían bravas una y otra vez, lo hacían durante la caída, despeñados entre las puntiagudas aristas de los salientes del acantilado. Esteban conocía el lugar, su padre le había llevado de niño a visitarlo, de paseo, mucho antes de que estallase aquella guerra tonta entre hermanos, más estúpida todavía dentro de un mismo país. Él no entendía muchas cosas, pero sí tenía claro que quería vivir y aprender.

Su padre trabajaba en la imprenta Echevarría, lo que le había permitido entrar en contacto a temprana edad con los libros que, en alguna ocasión, su padre llevó a casa; le llamaban la atención las tapas coloridas, que prometían otros mundos posibles. Su necesidad de conocer se interrumpió al dejar de ir a las clases, pero no su sed de lectura; la guerra poseía la inoportuna habilidad de trastocar el orden normal de la vida. Pero a través de aquellas páginas descubría otras posibilidades, diferentes lugares o países, donde se hablaba de libertad, paz, amigos o sentimientos, alimentando su curiosidad y ansia de conocimiento, al mismo tiempo que su rebeldía a la limitación obligada que imponía la carencia. No se consideraba un gran lector, pero sí un rastreador concienzudo, un lector lento en vez de ágil, pero analítico en el detalle y, con la práctica, crítico y observador. Las primeras lecturas que nutrieron su imaginación fueron de Stevenson, London, Defoe o Verne, autores de natural atracción para su joven inquietud; su padre, al comprobar que le gustaba leer, le regaló las aventuras de otro muchacho llamado Tom Sawyer, que escribió un tal Mark Twain. Más tarde se atrevería, sin necesidad de que nadie le obligara, con “Tiempos difíciles” o “Historia de dos ciudades”, de Charles Dickens. Un reto llevaba a otro y él solo se espoleaba; aquel acicate poseía la capacidad de suplantar el sufrimiento de una realidad injusta y mediocre. Sí, la vida también estaba en los libros...

En una ocasión guardaron a un hombre en casa, a petición del señor Echevarría, el patrón de su padre, a quien no podían oponerse. Sin duda se trataba de alguien que debía ocultarse, perseguido por los milicianos anarquistas y por el destino fatal que le deparaban a bordo del “Alfonso Pérez Prisión”. Esteban recordaba el horror que le despertaba el simple hecho de mirar hacia aquella habitación donde se escondía el proscrito, donde él y sus hermanos tenían prohibido entrar; el temor a ser



descubiertos como cómplices no les dejaba ni un rincón para el sosiego, tampoco libraría a ningún miembro de su familia de idéntico final. Así que la noticia de que el protegido del señor Echevarría debía abandonar la ciudad al día siguiente, fue recibida por todos con un alivio esperanzador. Sin embargo, el señor Echevarría le pidió un favor más al padre de Esteban, que tenía un pequeño bote de remos con el que, en ocasiones, su hermano Jaime y él iban a pescar. El jefe quería que su padre le llevara a dar un paseo por la bahía y nadie sospechó nada, hasta que el señor Echevarría se presentó trajeado y con maletín. Le pidió al padre de Esteban, que fue acompañado de Jaime, que le acercara con el bote hasta un enorme buque de mercancías, que fondeaba fuera de la bahía, quería verlo de cerca. Cuando estuvo tan próximo al casco que pudo aferrarse a la escalinata, el señor Echevarría subió por ella hasta la cubierta y, desde arriba, con un movimiento de su sombrero en alto, se despidió dando las gracias e instándoles a que regresaran a puerto.

El padre de Esteban entendió la estratagema que había sufrido y que no habían querido explicarle, tal vez para evitar su posible resistencia. Pero no iba a resultar todo tan fácil, al menos para él, ya que al tocar puerto, la guardia republicana ya esperaba la arribada de la pequeña embarcación. Les encañonaron con los fusiles y, acto seguido, a bordo de una lancha patrullera, les condujeron como unos prisioneros más al buque de la muerte. Para la familia fue la peor de las noticias, pero para Esteban fue el detonante...

# Capítulo IV

## *NADA NI NADIE*

Por eso acudió a la cita convenida con los otros tres implicados; sólo conocía a uno de ellos, a Berto, vecino y amigo desde la niñez, que había acertado a calcular las auténticas posibilidades de sus valentonas, más que la de sus alardes. Fue el mismo que se lo propuso y a Esteban, en tiempos de guerra, no le pareció descabellado. A los otros dos les conoció el día anterior a zarpar, cuando se introdujeron todos en el diminuto habitáculo de la bodega de aquel barco de pescadores. Fue una noche de espera estrecha y tensa, hasta que los motores sonaron de madrugada con un idioma nuevo de libertad y amanecer, que pronto se aprestaron a intentar desentrañar y a defender.

No fue hasta que se internaron mar adentro cuando su amigo desenvolvió del arrugado pañuelo una pistola. Esteban se asombró de la cantidad de imágenes que podían acudir a la mente en milésimas de segundo, incluso enclaustrado en un agujero de dos metros cuadrados y calado de agua hasta las sienes, pero también se asombró del rostro insensible que adquiere el final cuando está tan cerca. Ya no había escapatoria. Echaron a suertes quién de ellos saldría a cubierta con el arma para secuestrar al capitán. Y entonces Esteban supo lo que antes no pasó de ser una premonición, así lo explicaban las monedas que los cuatro polizones ocultaron a sus espaldas para jugarse a suertes el futuro.

Nada más botar el portón de la bodega, a Esteban le azotó un golpe de salitre en el rostro que, en ese momento, no sabía si agradecer o ignorar, más preocupado por mantener firme el arma y dirigirse, sin equivocarse ni un solo paso, a la máxima autoridad del barco. Gateó por la escalera que subía a cubierta y se detuvo al descubrir arriba el cielo gris, demasiado oscuro para tratarse de un nuevo día. El olor a mar le embriagaba y, mientras contemplaba las nubes negras que correteaban aceleradas sobre su cabeza, pudo escuchar las voces atareadas de los marineros en plena faena. La mar estaba mala, pero en época de bonito, no era impedimento para abandonar la pesca, sobre todo cuando la necesidad se erigía en la única contienda que merecía librarse en un país roto.

Accedió a cubierta por la escotilla de popa. De espaldas, dos marineros atendían las redes, mientras otro se ocupaba de ordenar los aperos junto

al pescante. Una cortina fina de agua, mezcla de mar y de lluvia, le dejó vislumbrar en la proa a otros dos marineros, también concentrados en mantener el equilibrio. Avanzó agachado hasta el toldete, una vez que distinguió dentro al patrón, que manejaba el timón en pugna con el oleaje encrespado. En cualquier momento podían descubrirle, alertar, anticiparse a su acción, pero ni podía perder tiempo ni fracasar. Ello supondría el regreso a una cárcel segura y, después, al final de un pelotón de fusilamiento. Paró un instante imperceptible para evitar que el vaivén del casco le jugara una mala pasada y, cuando asió la puerta del cuarto de mando, entró de un salto, con fuerza, para agarrarse al cuello del capitán sin dejar de amenazarle en la cabeza con la pistola.

Al principio los pescadores, desconcertados, tardaron en comprender. Ya habían subido de la bodega los tres polizones y el vecino de Esteban les explicaba, al tiempo que conminaba a no intentar ninguna locura en perjuicio de todos...

-No pasará nada si nos lleváis a puerto francés -repetía a unos y otros-. No va a pasar nada a nadie. Nada a nadie.

Tal vez fue la contundencia del argumento o tal vez el gesto sumiso del patrón, con el cañón del arma sobre la sien, pero los marinos dieron muestras de entender y acceder y, señalando al cielo con sus manos, optaron por seguir realizando el trabajo que ellos conocían bien y que, en aquellos precisos momentos, requería la más prioritaria de las atenciones. El cielo se había teñido en su totalidad de un color negro más propio del averno y las nubes, antes grises, se deshilachaban en tiras que un viento helado difuminaba y hacía desaparecer.

El capitán intentó hacer comprender a Esteban la urgencia de dejarle atender la radio, que parpadeaba, pero su tentativa resultó inútil. Esteban no podía permitirse ningún descuido.

-¡Por lo que más quieran!, si no bajamos abajo el mar nos barrerá a todos... -imploraba el patrón.

La mar ahora era del mismo color negro que el cielo y montañas crecientes de olas se elevaban por encima de cubierta. Conscientes de su fragilidad y de lo que se avecinaba, el resto de marineros también hizo el gesto de entrar adentro y, sólo entonces, Esteban accedió a bajar sin soltar el arma ni al rehén.

Fue una travesía dura, de locos, incluso hasta para los más avezados. Entre utensilios y vómitos desperdigados por el suelo los tripulantes fueron zarandeados por una mar endemoniada que convirtió el Golfo de Vizcaya en un caótico viaje al fin del mundo. Por momentos, Esteban tuvo esa certeza de que había llegado el final y, en cierto modo, le pesaba

que hubiera tenido que ser así, con un arma en la mano. Pero ya no había marcha atrás, si aquella mar de mala madre se decidía por devorarles se tragaría su culpa con él. Le dolía la parte interior del brazo de tanto sujetar el cuello del capitán, a quien no soltó en un solo instante y se encontraba molesto, incómodo y apretujado entre tanto desorden. Creyó que se trataba de una disculpa para aflojar la presión cuando le oyó decir al capitán, en voz baja, que la tormenta ya había pasado, mientras un estrépito de aparataje eléctrico acompañaba las embestidas a la embarcación, que amenazaban con hacerla volcar. Aún se sucedieron unos largos minutos más en los que oyeron crujir la madera y cada tornillo de acero remachado de aquel vapuleado cascarón, hasta que al fin pudieron sentirse aliviados de haber caído en medio de una simple tarde gris.

Esteban acompañó de nuevo al patrón hasta el timón. La tormenta les había acercado a la costa y Francia era ahora una línea continua de tierra, dibujada en un horizonte quieto. El patrón masculló entre dientes...

-Están ustedes locos...

-No es asunto suyo, oiga, siga adelante...

No tardaron en cruzarse con alguna patrullera de salvamento, que acudieron a su encuentro alertadas, al no recibir señal. Les custodiaron hasta el puerto más cercano y, nada más poner pie en tierra, fueron primeramente detenidos por la policía marítima, para pasar después a disposición de la policía francesa judicial. No fue un buen recibimiento precisamente. A Esteban le pareció que aquel trato no iba acorde con el país de sueños y el ideal de libertad que se había imaginado en su paraíso mental, al menos el anhelado en oposición a lo ya conocido. En los meses siguientes, él y sus compañeros de exilio fueron desperdigados por diferentes ciudades del país, distantes y separados, para imposibilitar así la oportunidad de volverse a reunir. De este modo conoció, de celda en celda, el precio de la libertad en la tierra que había elegido y que no era la suya.

Durante aquel período en la cárcel, no obstante, no perdió el tiempo; en sus manos cayeron “Crimen y castigo”, de Dostoievski, que le sirvió para evaluar el papel del encarcelado desde otro ángulo de vista; y “En el corazón de las tinieblas”, de Joseph Conrad, un escritor polaco que, sin embargo, llegó a convertirse en uno de los mejores literatos en lengua inglesa, según le explicó otro polaco, un compañero de celda, que también era médico, como el escritor. Aquel reencuentro inesperado con los libros, a pesar de lo incómodo de la situación, añadió un carácter nuevo e insólito al hecho de la lectura, que ya iba siendo familiar para él.

Los libros ayudaban a la vida: la libertad le pareció entonces un libro por leer....

No fue hasta muchos meses después, una vez puesto en libertad, a la salida de la fábrica de cerveza donde se congregaba una manifestación de trabajadores en París, cuando volvió a encontrarse por casualidad con Berto, su vecino de la infancia. Se abrazaron como dos hermanos y, entre vasos y pitillos, se contaron penas y andanzas.

-Me vuelvo a casa, Esteban, ya podemos... -le confesaba su amigo, emocionado.

A él, sin embargo, le resultó extraño volver a escuchar su nombre; todavía se llamaba Esteban.

# Capítulo V

## *ASÍ LO QUISO*

El escenario había cambiado cuando Stéfanos salió del carromato para afrontar las faenas de la nueva jornada. La joven Chris se balanceaba bajo el porche, mientras su madre intentaba enderezarle en el asiento. Chris había vuelto a encerrarse tras los barrotes de su desgracia, si cabe con más entrega, tras la traición del payaso desaparecido. Tilda le pasaba el cepillo por su pelo rubio, se le acariciaba con mimo en un intento de hacerle recobrar un brillo antiguo que algún hado maligno parecía haber hechizado. A pesar de los desvelos de su madre, la domadora, para arreglarle el cabello o infundirle ánimos con cualquier nimiedad, Chris mostraba una figura avejentada, apagada y triste, que a duras penas accedía a ponerse en movimiento para sentarse a la luz del día en el porche del carromato.

Stéfanos saludó al pasar frente a ellas; se detuvo un instante para preguntar cómo estaban, aunque no obtuvo sino un gesto de asentimiento como respuesta por parte de Tilda. A Stéfanos la escena de Chris, presa de la postración, con la mirada perdida, oculta tras el velo de aquel cabello rubio relamido, le despertó escalofríos y, asintiendo también, continuó adelante. Le pareció un infierno su encarcelamiento, en cierto modo admitido, en comparación con la otra cárcel que él padeció; no podía afirmar cuál más verdadera, si la que inmovilizaba los pies o la que anulaba el alma. Quizás Chris no fuera demasiado joven para quedarse embarazada, pero sí para ser madre; la experiencia de Stéfanos con los embarazos tempranos tampoco era satisfactoria. En el infierno de Chris reconoció las pruebas que hubo de superar él para, sin embargo, nunca acabar victorioso del todo. Pero, al menos, era aquella pugna constante la que le había salvado y la que redimía, aunque momentáneamente, de la derrota.

A su salida de la prisión con que el país galo le obsequió por su exilio voluntario, Esteban se topó de nuevo con una vieja conocida y una nueva contrariedad: el hambre en tierra extraña.

Fue algo más que el acicate de aquella imperiosa necesidad lo que le condujo a los bosques polacos del norte. Apenas había deambulado lo suficiente para toparse con la cruel realidad de que el hambre también había que seguir combatiéndolo dentro y fuera de su frontera. Al menos allí, su forzada complejión podía abrirse camino en la tala de árboles de las empresas madereras, necesitadas de brazos fuertes.

-Esteban, me llamo Esteban. –respondió, mientras recibía a cambio un juego de guantes y una manta, con la indicación del barracón que le correspondía.

El dueño de la compañía, el señor Radoslav, era un hacendado y grueso polaco que pagaba bien el duro trabajo, al tiempo que ofrecía comida y techo bajo los barracones del campamento, mientras duraba el contrato. Habitaba con su familia en la cabaña contigua al recinto. Su mujer, una enorme alemana de nombre impronunciable, se encargaba de cocinar para todos los leñadores. A la hija, Valia, en cambio, de estilizada apariencia, grácil y delgada, trataban de evitarle tareas arduas así como el contacto directo con los trabajadores. Sin embargo, atraída por el vocerío del personal a la salida de los turnos, la joven no siempre cumplía a rajatabla las normas establecidas por su propio padre y, pronto, tuvo ocasión de entablar conversación con Esteban en uno de sus esporádicos paseos entre los barracones.

La belleza rubia de rasgos germánicos de Valia, calcados sin lugar a dudas de su madre, congeniaron a la perfección con el carácter espontáneo, cálido y abierto de Esteban, que se sintió algo más que halagado por los momentos que la muchacha compartía y le dedicaba al finalizar la jornada de cada tarde. Aquella relación fructificó y, de modo irremediable, se enamoraron, ante la mirada en apariencia distraída del señor Radoslav, que prefería predicar desde el ejemplo, con protectora tolerancia.

A Esteban le costó tragar saliva cuando Valia le comunicó que esperaba un hijo de él. No obstante, la reacción de los padres de ella no pudo resultar más positiva. No sólo los cuidados a la futura madre se multiplicaron, sobre todo más por parte del señor Radoslav, que cedió parte de su tiempo de trabajo para ocuparse de que nada le faltase a su hija, que por la parte de su madre, a quien resultaba más complicado abandonar las faenas de la cocina, motor indispensable de aquella factoría humana. Esteban, a su vez, se benefició de un trato más delicado por parte de la familia de Valia, aunque mantenido sin excesivo descaro ante el resto de trabajadores. Fueron meses felices, de lenta espera, de preparativos, en los que Esteban deseó de verdad que se hubieran

eternizado, aunque el embarazo resultó dificultoso para Valia. El médico ya lo advirtió en una de sus visitas, el reposo debería ser obligatorio pues el riesgo existía y era grande. Los últimos meses fueron un castigo para Valia, envuelta en un malestar general, entre vómitos y fiebre.

El día que Valia se puso de parto, el señor Radoslav le encomendó a Esteban la tarea de cargar los listones de madera en el aserradero, para así estar más disponible y cercano a ella. Esteban trabajó sin lograr concentrarse, más pendiente de lo que estaba ocurriendo en el interior de la cabaña. Por ello no abandonó su gesto de preocupación cuando el patrón, sin emoción alguna, le hizo señas para que se aproximara hasta allí. Antes de subir los peldaños ya escuchó el sollozo del niño, pero no le dejaron acceder a la estancia donde se encontraba la parturienta. El médico obstaculizaba la entrada y, con un brazo extendido le tocó en el hombro. Esteban se paró en seco, no quería haber escuchado nunca aquellas palabras, porque le devolvían a una realidad que nunca tenía que haber ocurrido: era un niño sano y hermoso, pero Valia había muerto durante el parto.

No, la vida no había sido fácil para Esteban, tampoco ahora. El destino entonces parecía haberle deparado un salto aún más complicado, una pirueta fatal para la que debía de entrenarse a conciencia. Cuando decidió abandonar la serrería lo hizo con el convencimiento de que su hijo quedaba en el hogar adecuado y con la certeza de que aquella no era la tierra donde él hallaría la paz y el bienestar que, tan esquivos, se le resistían. Nada iba a faltarle allí a su hijo y, en su adiós, le llevó guardado en su memoria. Nunca nadie le escuchó pronunciar su nombre; tan hondo fue su amor de padre como su pena. Así lo quiso.

Tal vez por eso compadecía a la domadora en su calidad de madre; no se trataba de una compasión gratuita, de conmisericordia y débil entrega en la desgracia, sino de fortaleza en la adversidad. Tilda era una mujer fuerte, su destino tampoco había resultado ser un regalo liviano, pero había convivido junto a ella en ciertas ocasiones en las que tenía que reconocer que había sido una mujer más fuerte que cualquier hombre, más que él incluso. Aquella mezcla de admiración y atracción hacia la domadora hizo que, en alguna ocasión, se le pasaran por la cabeza otros asuntos más propios del corazón, aunque conocer de cerca la historia de su pasado con su venerado capataz siempre le retrajo.



# Capítulo VI

## *DUROS TIEMPOS*

Desde el disgusto por el embarazo de Chris, Tilda había abandonado las labores de jardinería que siempre se había encargado personalmente de realizar. Aunque apenas se trataba de una docena de maceteros que adornaban la entrada principal y otra media docena de tiestos que reposaban en la repisa de su carromato, casi todos de geranios; la desgana de la domadora por todo lo circundante y concerniente al circo se tornó en una pérdida de interés manifiesta. Así que Stéfanos, a la mañana siguiente, cogió el carrito y limpió de malas hierbas las macetas grandes que lucían a ambos lados de la entrada a la taquilla. Después de regarlas, ocupó su tiempo de ensayo bajo la carpa y se columpió durante varios minutos para continuar con unos ejercicios de gimnasia que destinó a flexibilizar y fortalecer, sobre todo, músculos de piernas y espalda. A media mañana, ya le aguardaba abajo el nuevo payaso, dispuesto a recibir las primeras instrucciones para su papel.

El trapequista pareció atorarse nada más comenzar sus explicaciones, pero el muchacho comprendió...

-...Gus. Puede llamarme Gus.

-Bien, Gus, verás. Quiero que comprendas que has de practicar estos números tú solo. Yo nada más puedo ayudarte con alguna idea o sugerencias, pero eres tú quien marca la dirección a seguir. ¿Entiendes?, es tu función...

El muchacho asentía, aunque reconocía no saber por dónde empezar, perdido entre una predisposición en exceso abierta y sus buenas intenciones. En un intento por calmar su incertidumbre inicial los consejos de Stéfanos derivaron en una conversación sobre los orígenes del circo y los comienzos que, a petición del chico, acabó por surtir el efecto perseguido. El trapequista se sintió cómodo ante la pregunta y, más que responder, relataba su propia experiencia.

-A tus años, yo también quería aprender. Estaba lejos de casa y, por el momento, viajar colmaba una parte considerable de mis necesidades -el trapequista continuó, entregado a la historia.

Si él descubrió el circo o el circo le halló a él poco importaba. A estas alturas, después de haberse descubierto ambos, eran uña y carne, cara y cruz en uno. Después de su accidentado exilio no podía considerar precisamente un obsequio el recibimiento del país vecino, Esteban apenas deambuló lo suficiente para toparse con la cruel realidad de que a la guerra y al hambre también había que seguir combatiéndolos dentro y fuera de su tierra. Tras la muerte de Valia, además, tenía que añadir el desastre de su fallida experiencia amorosa, el fracaso de ser un padre joven y de formar una familia, el abandono de su hijo, la huída obligada, hacia el olvido, inevitable, como única salida.

De nuevo en territorio francés, la noticia de que las tropas alemanas acababan de invadir Polonia no le sorprendió; se había librado por poco, pero este hecho no hizo sino confirmar los vientos de guerra que recorrían Europa, también como una maldición que parecía perseguir sus pasos. Ahora que la prensa internacional se hacía eco del fin de la contienda civil en España, con la victoria del ejército nacional, al poco, era Francia la que no tardaba en declarar oficialmente la guerra al atrevimiento de Alemania y, seguidamente, se le unió también Inglaterra. Aquella conflagración adquiriría, por tanto, feos visos de repercusión sobre el resto de países, implicando al mundo entero que, impasible o aturrido, nada hacía por impedir el avance de los ejércitos alemanes que, en la primavera del año siguiente, entraron en Luxemburgo, Bélgica, los Países Bajos y hasta en la misma Francia. Ese mismo verano los franceses firmaron un armisticio que conducía a la ocupación directa alemana de París.

Sin embargo la suerte pareció sonreírle cuando encontró un trabajo de vigilante en un polígono industrial, situado en las cercanías de París, aunque el turno de noche era lo que peor llevaba, ya que conseguía trastornarle el ritmo equilibrado que necesitaba. No obstante, después de hacer la ronda habitual y supervisar los puntos neurálgicos de la zona, suplía las largas horas del trabajo nocturno con algún libro que respondiese a sus curiosas expectativas. Cuando leía tenía la sensación de que, en algún sentido, entroncaba con aquel universo íntimo que descubrió en la niñez, cuando contemplar las tapas de un libro o abrirlo significaba silenciar el eco de la sirena de los toques de queda, en aquellas noches en las que ni siquiera el miedo se atrevía a dormir. En una ocasión su madre le había descubierto leyendo “Bel Ami”, de Guy de Maupassant, precisamente un francés que, sin embargo, su padre le arrebató de las manos, arguyendo lo inapropiado de tal lectura para un joven adolescente. Aunque entonces Esteban no podía entender dónde

residía el supuesto peligro, halló en su posterior estancia parisina la ocasión de retomar el hilo perdido, consciente, desde una actitud más madura. Eso era lo bueno de la lectura, le imprimía carácter a la vida, le reencontraba consigo mismo y siempre acababa `por salirle al encuentro, orientándole, cuando divagaba el rumbo, cuando las distancias amenazaban con el olvido. Fue cuando conoció a Thérèse...

Thérèse no tenía nada que ver con la fábrica, ni con el trabajo, pero sí con los libros. La descubrió al mismo tiempo que aquella pequeña librería de barrio, donde entró aquella tarde en busca de una lectura que le hiciera compañía.

Al principio ella le atendió diligente: Sthendal, Balzac... Pero en las siguientes visitas, sorprendida por las preferencias de su peculiar cliente, ya provocó la conversación:

-¿Español?

Esteban manejaba un francés hablado, de oídas, que despertó la sonrisa de la joven empleada de la librería.

-Sí, del norte.

-¡Ah, vasco!

-No, no, de Santander –Esteban reaccionó rápido, tratando de explicarle dónde quedaba situada geográficamente su ciudad, sobre un mapa antiguo, que colgaba de una de las paredes de la librería, tras el mostrador.

A ella aún pareció hacerle más gracia el empeño de Esteban por aclarárselo con tanto detalle y precisión.

-...Comprendo –dijo ella.

Esteban deambuló entre las hileras de estanterías del local, investigando títulos en el lomo de los ejemplares que allí descansaban, como si se tratase de joyas perdidas en el tiempo, pero que a él le parecían envueltas en un halo de eternidad. Al fondo, un reducido anexo, con las paredes también llenas de estantes repletos de libros, daba cabida a una mesa redonda con seis sillas, donde se podía consultar o incluso leer, a modo de biblioteca.

De cada incursión a la biblioteca, Esteban regresaba con un selecto caudal de obras que le habían brindado la oportunidad de conocer a algunas de las figuras literarias más representativas del país. A Thérèse no le había pasado desapercibido el hecho.

-“Los miserables”, Víctor Hugo. Bien, se nota que no es usted de... –la joven hablaba en voz alta, mientras empaquetaba la compra, pero interrumpió la frase, dudando ante la reacción del cliente.

-¿Cómo dice?

-...¿Sabe? No hay muchos franceses que lean este tipo de obras –se decidió a confesar la chica.

Esteban pensó que seguramente tampoco habría muchos españoles, pero calló. También creyó oportuno aclarar que lo que importaba era leer y leer bien, pero sin duda provocaría un tema de enconado debate, en el que las preferencias subjetivas inducían al error de generalizar; optó por una sonrisa asertiva, al tiempo que le mostraba a la chica los otros dos volúmenes que se llevaba.

-¿A usted no le gusta Flaubert? ¿ha leído “Madame Bovary” o “La educación sentimental”?

La joven cambió la actitud:

-Sí, claro, son magníficas –el tono se tornó serio, casi académico-. Pero, ¿qué tal Camus? O Hemingway, ¿conoce “Adiós a las armas”?

Al escritor americano lo había leído, pero aquella tarde Esteban se llevó las “Verdes colinas de Africa” de propina y, también, “El extranjero”, de un Albert Camus de su tiempo, del que se comprometió a emitir su opinión en la próxima visita a la librería.

Para Esteban la lectura se convirtió en una compañía inseparable; aprovechaba a dedicarle los momentos libres del día que le dejaba el trabajo y, cuando tenía turno de tarde, se acercaba hasta la tienda de Thérèse a recambiar o adquirir lecturas nuevas. El intercambio de opiniones y el asesoramiento de la experta Thérèse le sirvió de guía para elaborar un criterio más propio, que le ayudaba a ampliar su campo de lecturas, dándole a conocer autores lejanos y obras desconocidas para él hasta entonces: Zola, George Sand, Virginia Wolf, entre otros, fueron pasando por sus manos y saciando aquella sed que le embargaba el ánimo.

Se atrevía con todo, por ello, a pesar de las recomendaciones en contra, leyó a Knut Hamsun, un escritor noruego tildado de nazi, que supuso todo un descubrimiento para él. De todo lo que había leído, a Esteban le pareció que pocos eran capaces de describir la naturaleza como lo hacía aquel autor; había que amarla de verdad para escribir de aquel modo. No encontró en sus libros nada malo de aquello de lo que se le acusaba en la vida real; tal vez fuera un colaborador o defensor del nazismo, pero sus obras hablaban de la naturaleza con un lirismo y fuerza envidiables. Se alegró de haberlo leído, de no haber hecho caso a Thérèse; ella no fue capaz de rebatirle los elogios, según le confesó después, ya que no había leído nada de él, por tratarse de un escritor tabú. Sin embargo Esteban recibió con satisfacción su felicitación por leerse la heptalogía de “En busca del tiempo perdido”, obra cumbre del francés Marcel Proust.

Al mismo tiempo, la relación con la chica fue estrechándose y, alrededor de aquella confianza que nació entre ambos a causa del roce continuado, se despertó un sentimiento cercano que a Esteban le obligaba a pensar sobre su alcance y repercusión, pues al igual que le ocurría con la lectura, se había convertido en algo tan atractivo como necesario. Desde su regreso de Polonia, a la muerte de Valia, ningún acontecimiento importante había ocupado su vida, salvo aquel empleo en París y la librería de Thérèse, sin contar la tentativa alemana de invadir Rusia y los bombardeos japoneses a las bases de los Estados Unidos en el Pacífico, que no añadían sino terror a un escenario de por sí amenazado de desgracias.

Thérèse disponía de una sonrisa abierta, clara, como nunca Esteban conoció; y también le atraía aquel gesto serio de intelectual, mirando por encima de las gafas, cuando analizaba o leía, intentando desentrañar algún porqué oculto. De ella admiraba su saber interpretar, inteligente, esclarecedora en la explicación, pulcra en el detalle y convincente en la exposición. Pero también se sentía cautivado por su figura grácil y estilizada, envuelta en su abrigo largo de lana, sobre la bicicleta en la que recorría las calles del viejo País; su negra melena dejaba asomar los rizos ondulantes, bajo la boina calada, mientras pedaleaba. Ella le había contado que su sueño era acabar de pagar la barcaza anclada en la orilla del Sena, donde vivía y tener en propiedad uno de los puestos de libros que adornaban el paseo de la misma orilla del río parisiense, ya que en aquella tienda de libros simplemente trabajaba de empleada. Algunas tardes, Thérèse cerraba la librería y le enseñaba gramática y ortografía francesa en el anexo de la biblioteca, donde incluso ella misma se atrevió a dar los primeros pasos con el idioma español; conversaban, siempre con los libros de testigos. A ella le llamaba la atención la reticencia de Esteban a definirse políticamente, su empeño en justificar su no pertenecía a ninguna ideología o partido; en aquel tiempo, con las tropas alemanas patrullando por sus calles, ella consideraba imposible mantenerse neutral. Por más que Esteban insistiera, a ella le costaba entender que, siendo español y habiendo escapado de una guerra civil, no defendiese la bandera republicana. Francia estaba llena de exilados republicanos españoles que, después de finalizada la contienda de su país, luchaban contra la invasión alemana. Esteban insistía en que, para él, el hecho de abandonar su país, además de por el clima bélico, contrario a la vida, no tenía ningún nexo en común con ideas políticas concretas. Tampoco aquello significaba lo contrario, por supuesto que se oponía a todo tipo de opresión o injusticia, pero también a las etiquetas, sobre

todo con los pensamientos; había que tener mucho cuidado con ello, insistía. No iba con su espíritu lo de pertenecer a unas siglas, encasillarse a un bando o afiliarse a un dogma, esclavo, obligado a acatar incluso los errores, a obviar cualquier rectificación. Se consideraba, en ese sentido, mucho más universal, la libertad no era un concepto ideológico exclusivo de las izquierdas, ni el progreso pertenecía sólo al manual de uso de los liberales, sino que, a su modo de ver, se trataba de verdades o realidades universales, propias y comunes a todo ser humano, por lo que se resistía a manipular su sentido y significado. Thérèse acabó por aceptar sus argumentos, ya que con su comportamiento le demostraba que se trataba de un hombre coherente, que al menos intentaba corresponder con sus actos a lo que sentían sus palabras; aquella integridad a ella le desarmaba cualquier cliché o armazón construido artificiosamente. Aquella era la firma natural de su carácter y a Thérèse le gustaba, reconocía la valentía que subsistía en el fondo; en cualquier caso, significaba defender la libertad pura, en el más estricto de los sentidos.

También en aquella misma estancia, entre la muda complicidad de los libros, las palabras hallaron el descanso; se besaron por primera vez y repitieron, después, al amparo de la intimidad, en sucesivas ocasiones. Tuvieron que pasar tres largos años para que la estabilidad de su relación pasara la prueba y Thérèse le permitirá acceder a su barcaza. Desde cubierta París se sentía de otro modo y él había nacido en puerto de mar. Hasta su horizonte pareció ensancharse cuando ella le propuso viajar algún día hasta su ciudad y conocerla, juntos. A bordo de aquel escenario de tardes luminosas, en el ambiente recogido y húmedo del viejo barco, mecidos por el suave vaivén de un Sena cómplice, se amaron con voluptuosidad y con amor...

Sin embargo, un hecho vino a alterar la breve y aparente felicidad que, aunque fuese a pequeños sorbos, para Esteban representaba el todo...

Una tarde encontró la librería cerrada. Frente a ella, un grupo de soldados alemanes conversaban en desenfadada actitud, fumando, sin despegar sus manos de las armas. Pero algo ocurría, no abandonaban el lugar. Esteban guardó una distancia prudencial, desde la esquina del final de la calle podía observar los movimientos de los soldados, que no hacían ademán de poner fin a la guardia del local. Estaba preocupado, se dirigió a la barcaza de Thérèse y distinguió a un soldado alemán sobre la cubierta, lo que le hizo desistir de su intención de entrar. Volvió al barrio de la librería y comprobó que los soldados no se habían movido del mismo sitio, así que decidió entrar a un café próximo; desde el ventanal podía vigilar a los soldados alemanes. Mientras tomaba una copa de coñac

escuchó la conversación que un grupo de hombres franceses mantenían en una de las mesas, sin reparo alguno. Pertenecían a la resistencia y, en aquellos momentos, la lucha era abierta, frontal, aunque se tratase de pequeñas escaramuzas a efectos prácticos. Allí se enteró Esteban de que su Thérèse formaba parte de aquella resistencia organizada, que había sido detenida, que se la habían llevado en un furgón sin destino conocido y que, por tanto, su escueta misión de reparto de propaganda y folletos antialemanes entre la población quedaba así interrumpida. Esteban maldijo aquella fatalidad que le cercaba cada vez que la felicidad hallaba el modo de abrirse paso a la vida y abandonó el lugar.

# Capítulo VII

## *OTRA ESCAPADA*

Fueron unos días aciagos aquellos en los que echaba de menos a Thérèse, condenado a una obligada soledad, al tiempo que torturado por su ausencia. Tampoco ayudaban los últimos acontecimientos que, lejos de permitir una visión positiva de la evolución del conflicto mundial hacia una paz próxima, no mostraban otro cariz mejor sino el de la crudeza con que se combatía: los japoneses habían sido derrotados en las batallas navales del océano Pacífico y ese invierno, en Stalingrado, el Ejército Rojo había hecho retroceder a los alemanes. Por otra parte, si la entrada de los aliados en Italia, que se había rendido, podía entenderse como una buena noticia, quedaba subvertida al recuerdo de Thérèse y a la desazón que suponía el hecho de nunca más volver a saber de ella, lo que representaba una carga excesiva que sobrellevar. La situación se transformó en penosa cuando otro incidente, en esta ocasión en su lugar del trabajo, vino a complicarlo todo aún más...

El patrón que había contratado sus servicios de vigilante, en representación de los empresarios de las naves industriales que tenía que cuidar, acostumbraba a tener un detalle con los empleados de vez en cuando, les premiaba con el regalo de artículos comestibles variados. Esteban se había fijado en unas cajas de champán que descansaban en hileras, superpuestas en un rincón. Sin embargo cuando el patrón le invitó a servirse él mismo con lo que gustase del almacén, tan sólo quedaba una caja, que se dio prisa en recoger. Salía de la nave cuando un empleado argelino le obstaculizó el paso con la intención de arrebatarle las botellas. Esteban intentó hacerle comprender que aquello lo había elegido él y que dentro podría encontrar otros regalos, pero la agresividad del atacante argelino le hizo desistir de cualquier intento razonable por entenderse; el empleado había agarrado la caja y tiraba de ella con fuerza, a la vez que le insultaba y amenazaba con el puño en alto. Sólo cuando Esteban recibió el primer golpe en el mentón cambió de táctica; soltó la caja y, con las manos libres, se dedicó a aporrear al argelino sin descanso, hasta que cayó al suelo y soltó la caja, para protegerse de la lluvia de inesperados puñetazos que estaba recibiendo. Esteban no perdonó el



atropello y el asaltante quedó arrugado en el suelo, con el rostro amoratado y sangrante. Aquella situación a Esteban no le valió el respeto que en un principio había pretendido defender, sino que le trajo un problema añadido, que él mismo se encargó de remediar sobre la marcha, la misma tarde del día siguiente. Un grupo de argelinos, compañeros del primero, le aguardaba al final de la jornada. Esteban rebuscó entre los trastos del almacén, encontró una tubería de plomo del tamaño adecuado, lo suficiente para llevarla oculta en la manga; sabía que, al salir del trabajo, los amigos del argelino malherido le atacarían en tropel y así sucedió. Sin embargo, envalentonados por su mayor número, nunca esperaron encontrar semejante oposición. Esteban repartió mandobles a placer, sin miedo al daño que el duro plomo podría causar, sin escatimar zona o lugar del cuerpo donde castigar, sin importarle misericordia alguna que nunca sus seis oponentes tendrían hacia él. Desde aquella tarde no le abandonó nunca la compañía fiel de su barra de plomo, sujeta a la muñeca de su mano diestra, con una empuñadura de cuero, que posteriormente perfeccionó. A sus contrincantes se les quitaron las ganas de entrar en combate, aunque no dejaban de visitar las proximidades del polígono y seguirle de cerca, cuando acababa de trabajar, a la espera de una imprudencia o de un olvido. Pero Esteban, de vez en cuando, al descuido, dejaba asomar la porra de plomo por su manga, convertida en amiga inseparable, ante la que sobraban dudas. El acecho persistió, no obstante; y si bien guardaban las distancias, a Esteban le minaba el ánimo la mera presencia, la pérdida de libertad que la estrechez del cerco suponía y que le hacía echar la vista atrás, con cierta añoranza, ahora sin Thérèse, hacia aquella paz, dentro de una guerra declarada, que habían significado los últimos cuatro años.

A la primera ocasión que tuvo de sustituir aquel trabajo lo hizo, casi sin dudar, animado con la idea de imaginar el gesto de estupefacción que el plantón dejaría en sus acechadores. Aunque lo planeó con premeditación, no obstante, se armó de paciencia y supo aguantar; aguardó el momento propicio, que llegó con la noticia de que las tropas aliadas habían invadido el país, entrando por la costa de Normandía, al tiempo que la Unión Soviética invadía Alemania. Supo que había llegado el momento cuando rusos y polacos ocuparon Berlín; Alemania cayó rendida. Fue el detonante que le espoleó; Italia le pareció un objetivo perfecto. No tenía nada que perder, cambió a una empresa de mudanza, inconstante y mala pagadora, donde enseguida se rindió a la evidencia de que tampoco resultaría algo definitivo ni seguro, pero le servía para su plan, que a nadie

confesó. En su segundo viaje a Burdeos y, después de descargar los muebles del camión, continuó viaje adelante hacia Lyon, acuciado por aquella improvisada odisea de singulares circunstancias, por la misma imperiosa necesidad que le empujó a cruzar la frontera italiana y a detenerse en Turín. Volvía así a encontrarse en otro país, otra tierra, pero el mismo hambre, idéntica necesidad de saciarse, de subsistir, de seguir adelante; nada nuevo. Sin combustible, en un camión robado, sin documentación ni dinero suficiente para mal alimentarse durante un par de días, su situación dejaba de ser crítica para tornarse en irremediable. Casi estaba al borde de la extenuación anímica, derrotado, aunque resistiéndose al abandono, cuando se topó con el letrero del circo, a las afueras de Milán. Le llamó la atención lo que leía: "Se necesita payaso".

Aquello sonaba a oportunidad, la primera desde que inició la huida en que se había transformado su vida. Se dirigió al hombre sentado junto al carromato que, con sus pies apoyados en una silla, parecía entregado a la lectura del diario local. De lo demás fue el destino el que se encargó, que antes ya parecía haberlo hilvanado todo...

-Admitido –confirmó el capataz-, empezamos ya.

-¿Lo dice en serio? –a Esteban le costaba creer que podría poner fin a la pesadilla que le perseguía.

-No hay mucho tiempo, amigo, mañana mismo salimos para Viena y después a Praga.

El capataz le mostró los grandes titulares de prensa, resaltados en negrita y apretujados bajo el peso de su grueso dedo. Era una noticia atrasada, de hacía algunas semanas, pero el lanzamiento de dos bombas atómicas sobre Japón y la consiguiente rendición, significaban el inicio, la puesta en marcha hacia la vida. El capataz le contó que salió pitando de Praga cuando los alemanes lo invadían. Desde entonces, el circo se había refugiado en Italia, donde había soportado un incendio y la ruina, sin conseguir eludir los efectos de aquella gigantesca guerra que lo salpicaba todo y a todos; de hecho, muchos de sus personajes, artistas y gentes del circo, habían abandonado durante ese período de lenta latencia, reduciendo así el número de actuaciones y, por tanto, los recursos del circo, pero no quedaba otro remedio sino resistir. Habían sufrido un largo letargo, pero ahora, que se había dado por finalizada la guerra, era el momento de ponerse manos a la obra y recuperar el ritmo de la normalidad; casi le parecía mentira ponerse en marcha hacia esa Praga de la que escapó con prisas, en el último momento.

Arsenio, resultó ser un compatriota, un español como él, aunque por casualidad, cuando sus padres estaban de gira por Valencia. Había nacido

dentro del circo y su exilio no era sino su forma de vida; a caballo del circo, había paseado su infancia por el mundo, siempre de gira, de uno a otro país, recorriendo pueblos, ciudades, tierras y gentes en una especie de éxodo natural. Enseguida congeniaron, el idioma, la tierra natal, la casualidad les unió en fiel camaradería y, a partir de aquel mismo instante, Esteban tradujo en agradecida lealtad el generoso detalle de aquella primera y milagrosa oportunidad.

Si bien no hizo más que entrar en el circo con el papel del payaso, enseguida el capataz le instó a entrenarse en el trapecio, tras observar que sus músculos no eran mera fachada y podrían sacar mucho más partido de la función allá arriba, en el techo de la carpa. Fue desde ese momento que Esteban sustituyó su auténtico nombre por el de Stéfanos, más artístico y apropiado para el puesto.

Más adelante, cuando la confianza conquistada a pulso se lo permitió pudo plantearle a su amigo capataz alguna pregunta curiosa, aunque incómoda:

-¿Que por qué he seguido manteniendo...? Pues por respeto, por mis padres, Stéfanos, sin honor no existe nada. Podía haber adoptado cualquier otra nacionalidad, el circo es mi patria, pero seguí con la del lugar donde nací. Por respeto, Stéfanos, por supuesto...

A Stéfanos las palabras del capataz le sonaban tan ciertas como si fueran suyas y veía en aquel hecho de convertir el circo en su propia casa o su patria, la posibilidad de sobrevivir dentro de un panorama general caótico y arriesgado; el circo se convertía de esta manera en un salvoconducto, tierra de nadie, que le proporcionaba la libertad de moverse de una frontera a otra, en un momento en que nada había más inseguro que aquella fragilidad entre las lindes desdibujadas de los países por la destrucción.

No le resultó difícil a Stéfanos sentirse en el circo como en casa; enseguida el efecto benéfico de la buena acogida se dejó notar de la mano de otra familia, la de Madame Goncourt. No podía ser de otra forma, se trataba de una elegante señora, amable y refinada; los integrantes de su familia no lo podían ser menos: Monsieur Goncourt, un perfecto caballero francés, no sólo en los modos y actitud sino en su aspecto físico, delgado, pero fibroso, fruto de una labor continuada y metódica de trabajo gimnástico; el hijo mayor, Pierre, atlético y musculoso, de carácter cordial, siempre solícito a ayudar; y las dos hijas, la bella y rubia Catherine y Laurence, la más pequeña, simpática y sonriente, ágil como una auténtica sirena. Su actuación de equilibristas y contorsionistas era un auténtico espectáculo, digno de admiración; tampoco lo era menos su

número de doma con los animales. Madame Goncourt le explicó que, antes de la Guerra Mundial, lo practicaban con caballos, pero que los tiempos actuales requerían reducir costes, a lo que contribuían los perros y los loros tropicales; aunque el trabajo y dedicación era el mismo. Stéfanos descubrió con ellos que el éxito no venía de la casualidad sino de un esforzado sacrificio en el que toda la familia funcionaba como un único engranaje de piezas ajustadas al milímetro, sincronizadas con una precisión de relojería, donde quedaba demostrado el valor de su experiencia. La madre francesa hacía gala de una infinita paciencia y, con su ayuda, Stéfanos aprendió de ellos algunos ejercicios de malabarismo que le sirvieron para su inicial papel de payaso.

En Ramón Formigo halló otro pilar en el que asentar la base de su formación. Se dejó guiar por el saber hacer de aquel mexicano, dicharachero y de carácter afable que, entre otras funciones, desempeñaba a la perfección y a la vez el papel de escupe fuegos y funambulista. En aquel tiempo anterior a su presencia en el circo, le contaron que el circo había disfrutado de mayores actuaciones y de artistas auténticos y originales, verdaderos campeones atléticos: leones y osos polares, zancudos, dúos de payasos... Pero las guerras traían eso, destrucción y pérdida.

-Nadie gana con las guerras –afirmaba con razón el mexicano.

Stéfanos asintió ante la sabiduría de su compañero y amigo del circo, sabía de lo que hablaba. El tenía un ejemplo cercano, venía de un país en el que sus conciudadanos, si hubiera que elegir una bandera bajo la que unirse para defender la paz, llegarían incluso a matarse entre ellos, incapaces de llegar a un acuerdo sobre los colores. No dejaba de ser una triste desgracia, sí.

Aquel tiempo nuevo que se abría con las armas aún humeantes, aunque enterradas, representaba para todos otra oportunidad, un comienzo o una continuación, pero una nueva vida, sin duda. También para Stéfanos, tal vez para él la única posible... Por primera vez, en el interior de su carromato, con un habitáculo propio, a Stéfanos le invadió una sensación de hogar recuperado, un espacio de libertad que le permitía incluso disfrutar de una pequeña biblioteca. Fue a partir de entonces cuando comenzó a dar cuerpo a una idea que ya había empezado a poner en práctica desde hacía mucho tiempo: leer libros de historias o autores que tuviesen relación con el país o lugar por donde pasaba. La idea le cautivaba, más ahora que contemplaba la viabilidad de hacer el sueño posible. Era el momento, los pasos le habían llevado hasta allí. Italia le ofrecía el circo, estaba en el suelo de los clásicos, la base de la cultura,

perder el miedo a los clásicos, atreverse: “La Eneida”, de Virgilio o “La Divina comedia”, de Dante. Eran un buen comienzo....

# Capítulo VIII

## *BODA EN EL CIRCO*

Una función más dentro del espectáculo, eso representó la boda de Arsenio y Tilda para toda la familia circense. También para Stéfanos, que había conocido a una bonita joven domadora de dieciocho años cuando entró al circo y, ahora dos años después, iba a convertirse en la esposa del capataz. Con su belleza y atractivo temperamento, Tilda reunía todos los ingredientes capaces de salvar la diferencia de catorce años con su futuro y entusiasmado marido. Aquella celebración no sólo marcó la cúspide del triunfo de los buenos tiempos sino también el comienzo del declive, aunque por entonces a todos les embriagaba el dulce sabor del éxito y la ilusión. La domadora era natural de Módena y Arsenio accedió a su deseo de casarse a su regreso de la gira europea, al menos, en tierra italiana. La ceremonia religiosa tuvo lugar en la pista central; todos los integrantes y, a la vez, trabajadores del circo asistieron. Se trataba de una fecha anunciada, que esperaban con expectación. Arsenio era un patrón eficiente y, bajo su tutela, había sabido conducir la empresa del circo que había heredado de su bisabuelo y que pasó por las manos de su abuelo, de su padre y por las de él ahora, para abrirse paso hacia adelante, en unos momentos en los que la magia del mundo que ofrecían era más necesaria que nunca, superado el trauma del conflicto generalizado y, por tanto, era bien valorada por las ilusiones desgastadas de un sistema de vida rutinario, que imponía un régimen de vacía mediocridad a las gentes que habitaban en las ciudades. Su noviazgo era conocido de todos, con Tilda compartía trabajo y escenario, ensayos y viajes; todos los integrantes de la empresa habían sido testigos directos del nacimiento y desarrollo de aquella relación que ahora, ambos enamorados, se decidían a formalizar.

Al concluir el acto religioso, hubo un coctel en las inmediaciones del circo, fuera de la carpa, mientras daban tiempo a colocar y ordenar dentro las mesas para el banquete. El sacerdote también participó de la fiesta con su presencia, sin atreverse a probar un sorbo del champagne que descorchaban de continuo y que, en bandejas repletas de pastas y canapés, ofrecían repetidamente. También estuvo presente un sector de

la prensa local para tomar noticia del evento; los periodistas, en cambio, aceptaron la invitación y degustaron bebidas y tapeos variados.

La llegada de los novios fue recibida con vítores, risas y un aluvión de arroz y serpentinas que llovió a raudales sobre sus semblantes sonrientes, mientras la orquesta del circo versionaba una marcha nupcial alegre y vital. La felicidad continuó durante el banquete, dentro de la carpa. En el momento del brindis nupcial, los enanos contorsionistas saltaron y brincaron entre los alaridos de histeria que la reina Mara emitía con un peculiar sonido gutural, característico de su lugar de origen africano y que ella aseguraba traería buena suerte y dicha para todos los contrayentes. Todo el mundo reía: la familia Goncourt se había reunido en pleno. Resultaba extraño contemplarles distendidos en la fiesta, olvidados por un momento de la tensión de los entrenamientos, sin la sempiterna compañía de sus perros, gatos y cotorras a los que, con tanta maestría, adiestraban para hacer saltar en inverosímiles cabriolas y hasta hablar en otros idiomas, ante el asombro del público concurrente.

La complicidad del lenguaje sentó como compañeros de mesa al trapealista Stéfanos con Rhankir, el funambulista hindú, y con Mariko, mago y ventríloquo cubano, enamorado de la palabra cosmopolita; así pudieron intercambiar chistes encadenados, en lo que Rhankir era un experto. Se les unió el domador ruso, Estanis, compañero artístico de la novia, que tampoco se quedaba a la zaga en cuanto a elevar el tono de las carcajadas por encima del umbral soportable. Juntos no cesaron de reír a carcajada limpia durante la comida, hasta el punto de que en algún momento se convirtieron en el centro de atención; también se excedieron en alcohol. Estanis abusó del vino, de la cerveza y del champagne y, cuando el postre dio paso al baile, también del vodka, del que se confesó ser un ferviente apasionado nada más apurar las dos primeras copas seguidas, dispuesto a demostrarlo. Hasta que no intentó ponerse en pie no se dio cuenta de que la bebida le había ganado la partida; ni tampoco se apercibieron los demás. Se empeñó en bailar con la novia y, sin soltar la botella, fue el primero en quitarle el baile al novio, tal vez de forma algo precipitada, pero todos le disculparon entre risas. Sujetó a la recién casada por el talle y, al poco, se aprestaron a sucederle en el turno, ante las muestras evidentes de la acusada ebriedad del ruso, que le impedía articular un par de pasos atinados en el baile. La música sonó aún hasta avanzada la noche, en animada camaradería.

Al final del baile los novios sonrientes se despidieron, agradeciendo a todos los presentes su participación. Fue el patrón recién casado quien tomó el micrófono para anunciar el comienzo de la gira que el circo

emprendía, a modo de luna de miel, y que el año próximo les llevaría hasta la capital del Danubio. Entre redobles y aplausos, volvió a sonar de nuevo el vals, a modo de despedida, que los novios se vieron obligados a bailar a petición de los asistentes, que intentaban todo lo posible por alargar la fiesta.

Stéfanos agarró con fuerza al domador ruso, incapaz de mantenerse siquiera sentado. Entre Rhankir y él le irguieron para llevarle hasta su carromato. Sin embargo fue el trapecista quien se quedó a solas con él, a la hora de acostarle; pudo escucharle aquellos ruidos guturales que sólo emitían palabras sin sentido, entre estertores que repelían a alcohol...

-...Eres preciosa, cariño... Te adoro, muñeca, te adoro... –Estanis hablaba entre sueño y borrachera- Mi querida Tilda, preciosa...

El trapecista pensó que lo mejor sería dejarle descansar, sabía que el alcohol jugaba malas pasadas. Rió con cierta malicia por lo anecdótico de la situación: su amigo el ruso había ido a enamorarse de la novia, de repente, el día de la boda del patrón. Apagó la luz del carromato y, tras asegurarse de que su amigo quedaba a resguardo en su cama, puso rumbo a su lecho. Aunque también se notaba cansado le costó bastante conciliar el sueño; casi que envidió a su amigo el domador, liberado de todo pensamiento. Pudo oír largo rato las últimas risas, rescoldos de la fiesta que se negaban a abandonar la juerga y, con la mirada fija en lo alto del techo, intentó meditar sobre algunos detalles de la celebración, pero se lo impidió la belleza de la novia... ¡Hacía tanto tiempo que no asistía a una fiesta que se había olvidado de lo que significaba sentirse feliz! De algún modo se había sentido como en aquella casa que quedó tan lejana, dentro de una familia; sí, de alguna manera se había casado con el circo, pertenecía a él, era su vida. Tal vez fue el alcohol, la novia o la boda; se había puesto nostálgico. Era tan bella...

-¡Sí, estaba de verdad hermosa!... –reconoció el trapecista.

Al final se quedó dormido sin darse cuenta, así, mientras pensaba en la novia.



# Capítulo IX

## *INCIDENTE EN LA PISTA*

La promesa del capataz se cumplió, pero no para el año siguiente. Fue en los años sucesivos, cuando el circo acabaría por estar presente en la feria de Viena, la ciudad del Danubio, aunque tampoco en la primavera prevista. El acusado retraso se debió a que antes fueron Milán, Génova, Roma, Nápoles, Brindisi, Bologna, Venecia, Chartres, París, Deauville y Lausanne. Sobre todo en esta última, escala anterior a Viena, surgió un imprevisto que precipitó los acontecimientos que ya empañaban los últimos años plagados de trabajo, pero con la marcha interna debilitada.

Todos lo vieron; no ocurrió de repente sino de modo gradual, lenta, pero inevitable. La relación entre Tilda, la esposa del capataz, y el domador de tigres, Estanis, traspasó los límites meramente profesionales, incluso los amistosos. Tal vez a ello contribuyó la cantidad ingente de horas de entrenamiento compartidas, de dificultades superadas o de pequeños retos conquistados en común, pero aquello cobró cuerpo a tal velocidad que a los demás les fue imposible negarse a ser testigos de lo que sabían iba a ocurrir. El capataz se había ido alejando, poco a poco, consciente de su debilidad, convertido en una improvisada víctima, a la defensiva. Nadie entendía por qué había adoptado un papel a todas luces obediente y merecido, que asumió como propio castigo, aunque el fantasma de la edad pululaba incómodo, despertando sospechas inevitables; pero tampoco nadie se aprestó a avisarle, ni siquiera se atrevieron a inmiscuirse en lo que, desde afuera, no eran sino asuntos de otro y, en este caso concreto, del jefe en persona.

La pareja de domadores había ensayado aquel número en infinidad de ocasiones; Tilda conocía cada paso que el domador ruso había de dar y, en su papel de experta ayudante, entretuvo a las fieras a punta de látigo mientras Estanis acarrea los pesados conos truncados por los que haría saltar a los animales, de uno a otro, a través de los aros de fuego. Las interminables horas de ensayo y los obstáculos que tuvieron que superar para hacer, del trabajo de aquellas fieras, un espectáculo presentable les había unido más allá de los meros lazos profesionales. Al poco de

haberse cumplido el año de casada con Arsenio, el capataz del circo, la domadora notó que su matrimonio, su marido, su relación o algo, no iba bien, algo que perduró en los años que siguieron. Ahora sabía que nunca lo había visto claro y que pagaba las consecuencias de un arriesgado compromiso. En Estanis encontró, sin embargo, algo más que la menor diferencia de años o que el apoyo de volcarse en el trabajo para mitigar penas con olvidos. Con el domador aprendió que había más de un camino para solucionar los problemas y que hasta un animal salvaje era capaz de realizar una pirueta en el aire o atravesar un aro de fuego si era conducido con tiento, astucia y paciencia. Sí, hasta una fiera indómita sabía que tras el restañido de un látigo había cariño. Pero en el amor a ella le resultaba imposible adiestrar, se sentía incapaz de tener que domar lo que amaba, además de sus sentimientos; tal vez porque no se consideraba tan salvaje. En ese sentido y, ante el ejemplo fehaciente de Estanis, había optado por dejar escapar a su marido, sin oponer por su parte demasiada resistencia.

Tilda le distinguió, apostado tras las primeras filas de asientos; el capataz les vigilaba mientras ensayaban, en cada función, atento, sin perder detalle, por encima de las cabezas de los asistentes. Ella sabía que incluso les observaba aunque cerrara los ojos, que Estanis y ella estaban en el punto de mira. También el domador era consciente de la presencia del capataz, de la presión que le obligaba a estar demasiado pendiente de un peligro más que sumar al espectáculo. Ambos sabían que el fuego asustaba a los animales, pero se confiaron más de lo acostumbrado entre miradas cómplices, complacientes, más pendientes de su disimulado amor que del riesgo añadido de la función. Y entre una y otra muestra gestual Estanis tropezó, el pesado taburete metálico se le resbaló del hombro al brazo y, con brusquedad, le obligó a posar una rodilla en tierra, sin ocultar una mueca de dolor. Fue el descuido que permitió el ataque repentino de Sheera, la veterana tigresa, que andaba ya inquieta desde hacía varios días. Tilda chillaba con histeria desenfundada, impotente ante la inutilidad de sus golpes de látigo, que no lograban hacer cejar el empeño de la fiera. La tigresa había inmovilizado al domador por el omóplato, desde atrás, y los demás tigres, nerviosos, acechaban inquietos, dispuestos a emboscarse en otro ataque definitivo que Tilda se mostraba incapaz de controlar, acosada por un pánico nervioso que la dominaba a marchas forzadas.

Fue precisa la intervención de los guardas de seguridad, que entraron apresurados en el interior de la jaula entre los gritos del público asistente, que se había puesto en pie como una exhalación. El animal sujetaba con

fuerza al domador que, tomado por sorpresa y doblado sobre sí para protegerse, intentaba en vano forcejeo soltarse de sus fauces. Sin embargo la presión continuada era demasiada y los movimientos bruscos de desgarró acabaron por inutilizar cualquier tentativa de defensa. Uno de los guardianes cargó el arma y disparó un proyectil anestésico al animal que, en breves instantes, cayó fulminado en un sueño artificial. El resto de fieras rugía, amenazadoras, mientras sacaban fuera de la jaula al domador herido, que hacía denodados esfuerzos por contener sus quejidos de dolor, al tiempo que intentaba mantener el control. Sus movimientos inquietos de cabeza fueron a encontrarse con la mirada preocupada de Tilda, que entonces se dio cuenta de que había perdido de vista al capataz; ya no estaba en su sitio, ni tampoco ahora importaba. Tilda le acompañó hasta el botiquín, mientras los guardias pusieron el broche de cierre a la función devolviendo adentro de nuevo a las fieras. Aquel inesperado intermedio lo llenaron los payasos, aunque las risas fáciles de los niños no ocultaron la atmósfera de terror que momentos antes les invadió a todos bajo la carpa.

En el botiquín Tilda no se separó ni un instante del lado del domador; le sujetaba con fuerza la mano libre, mientras el médico suturaba la herida del costado opuesto.

-Ha tenido suerte, amigo, el cuello estaba muy cerca...

Estanis suspiraba, con medio torso desnudo, más preocupado por la inquietud de Tilda que por el daño de la cura. No quiso ahondar más en el mal rato pasado y se guardó para sí la rabia contenida hacia el animal, a quien llevaba castigando en exceso durante las dos últimas semanas; la reacción agresiva de la tigresa le demostraba que ni era tan vieja ni tan dócil. Al poco tiempo fue el propio Arsenio quien hizo acto de aparición y recabó informe del médico sobre las consecuencias de lo sucedido, en concepto de responsable de los trabajadores de su empresa. Escuchó la versión clínica y, después, salió con el cariz preocupado por el clima de inseguridad que podía amenazar al circo a partir de aquella tarde; de repente, se le amontonaban las tareas, además de las preocupaciones.

Tilda agradeció la indiferencia del capataz, que actuó como si ella no estuviese allí y cuando salió, acarició con suavidad los dedos del domador...

...Estanis.

-No es nada –al domador le preocupaba más ella-. Dentro de unos días todo será igual que antes, Tilda... ¡Maldito bicho!

-Igual no...

-¿Qué quieres decir...?

Tilda sollozó, al tiempo que le besaba la mano:

-No puede ser igual, amor. No puede pasarle nada malo al padre de mi hijo...

El domador casi se incorporó de un golpe en un gesto para sentarse, pero Tilda le contuvo con una mano en el pecho.

-Ya oíste al doctor: el futuro papá tiene que hacer reposo y cuidarse. Te quiero, Estanis.

Tilda acurrucó su rostro contra el del domador y él le abrazó con el único brazo libre, a pesar de la tirantez de los puntos y del ardor de la herida.

-Sólo deseo que seas feliz, niña –le musitó el ruso al oído.

...Lo soy.

El médico recogió su material y, mientras se colocaba el abrigo, se despidió con una leve sonrisa, sin ánimo de interrumpir a los dos enamorados.

Fuera del carromato se arremolinaban los miembros del circo, interesados por la evolución del compañero domador, aliviados al ser informados de la levedad de su accidente, ya que no le impediría regresar a la faena al cabo de algunas semanas de reposo. El médico se abrió paso entre ellos, al marchar, intentando contestar a sus preguntas y resumir el estado de salud del accidentado...

-Déjenles tranquilos, no se preocupen. Ya tiene su medicina...

Tilda atendió al domador con exquisita dedicación; se sentía culpable. Durante los días y semanas que se sucedieron le cuidó, sin por ello desatender el número del circo ella sola; se había transformado en una auténtica profesional. Fue a partir de aquel momento, debido a los cuidados que requería su domador malherido cuando Tilda abandonó, de forma definitiva, el carromato del capataz para vivir junto a su amante ruso. Sin embargo este hecho no afectó en nada la vida habitual del circo; la retirada tolerante del capataz, que encajó el golpe de forma pacífica, favoreció la continuidad cotidiana sin necesidad de escándalo o escarmiento y el cotilleo inevitable, lejos de ser silenciado, fue enseguida asimilado de forma natural.

No obstante, para Stéfanos no era ningún misterio que su amigo el capataz pasaba un mal momento, aunque guardó una distancia prudencial, bien en señal de respeto y también por temor a una enemistad que no deseaba. Sabía que para Arsenio el circo era el todo y, en cierta forma, su conducta, además de intachable era digna de admirar. Demostró saber encajar el golpe sin descuidar las obligaciones del

trabajo. Durante los ensayos asistía como un espectador más, aunque vigilante y atento a la evolución de las tareas. El domador ruso no apareció en los primeros días de su convalecencia; era la propia Tilda quien se encargaba de adiestrar a los animales y, a pesar de su embarazo, manejaba el látigo con soltura y destreza. Precisamente debido a su estado se aceleró la recuperación del ruso que, a las dos semanas, ya se acercó a la pista, al tiempo que intercambiaba con su amante consejos, trucos y técnicas sobre la doma, sin poder evitar, de vez en cuando, propinar algún grito feroz a los animales. Su insistencia no tardó en lograr el objetivo y Tilda, por fin, se vio obligada a descansar del peso de su carga y dejar en las manos del domador toda la ingente tarea; al menos, su esfuerzo había salvado hasta entonces el espectáculo.

...Continúa

***\*NOTA: Solamente es una muestra,  
pero si te interesa seguir leyendo,  
contacta con el autor:***

[leetamargo@gmail.com](mailto:leetamargo@gmail.com)

**¡ GRACIAS A TI !**

- ÍNDICE -

- Capítulo I: Las lágrimas del payaso
- Capítulo II: Salto con pirueta
- Capítulo III: En guerra
- Capítulo IV: Nada ni nadie
- Capítulo V: Así lo quiso
- Capítulo VI: Duros tiempos
- Capítulo VII: Otra escapada
- Capítulo VIII: Boda en el circo
- Capítulo IX: Incidente en la pista
- Capítulo X: Bajo la carpa
- Capítulo XI: La desaparición de Chris
- Capítulo XII: La despedida
- Capítulo XIII: De retirada
- Capítulo XIV: Al final
- Capítulo XV: No es el fin

# EL AUTOR



*El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Documentalista clínico de inquietud literaria, publicó “Escritos Para Vivir” en 1998, su primer libro de poemas, al que siguieron “Era Un Bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de relatos breves. Además de su obra poética, agrupada con el título de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos. En la novela “LÁGRIMAS DE PAYASO”, la narrativa se impregna de su característico estilo y adquiere una dimensión poética emocional.*

[leetamargo@gmail.com](mailto:leetamargo@gmail.com)

SANTANDER  
2012

=====  
© Luis Tamargo.